

dolosa al Tiber. En seguida trazó el recinto del templo que durante la guerra con los sabinos había ofrecido á Júpiter Capitolino, y cuyos cimientos presagiaron desde entonces su futuro esplendor.

Por aquel tiempo ocurrió en el palacio un prodigio tan extraordinario en sí mismo como por los acontecimientos que le siguieron. Dícese que á presencia de muchos vióse como arder la cabeza de un niño dormido, llamado Servio Tulio. Prodigio tan admirable arrancó gritos por todos lados en el palacio, atrayendo al rey y á su familia. Como un criado corría á traer agua para apagar el fuego, la reina le detuvo, y, mandando callar, prohibió tocar al niño hasta que despertara por sí mismo. Pero la llama desapareció á poco con el sueño. Tanquil entonces, retirando á su esposo á sitio apartado, le dijo: «¿Ves ese niño que educamos en tan humilde condición? Pues ese será algún día la luz que reanimará nuestras esperanzas prontas á extinguirse, y sostendrá nuestro quebrantado trono.» Desde aquel momento trataron á Servio como á hijo y le hicieron aprender todo cuanto excita el ánimo y le hace ambicionar elevada fortuna. No podían dejar de cumplirse los designios de los dioses: en aquel niño se desarrollaron con la juventud las cualidades de los reyes, y cuando Tarquino buscó un yerno, ningún joven romano merecía compararse con Tulio, y le dió por lo tanto su hija. Cualquiera que fuese la causa de este honor tan insigne, no permite creer que Servio Tulio fuera hijo de una esclava y él mismo esclavo en su infancia. Mejor acepto la opinión de los que pretenden que en el asalto de Cornículo pereció Servio Tulio, jefe de aquel Estado, dejando encinta á su viuda: que reconocida entre las otras cautivas, por la consideración de su nacimiento, aquella mujer obtuvo de la reina la libertad, y fué alojada en Roma en el palacio de Tarquino el Vie-

jo: que allí dió á luz á Servio, y que el agradecimiento por hospitalidad tan generosa estableció entre las dos mujeres estrecha amistad: que nacido y educado el niño en el palacio fué objeto del cariño y respeto de todos; y en fin, que la circunstancia de haber caído su madre en poder de los vencedores después de la conquista de su patria, había hecho creer que era hijo de una esclava.

Encontrábase Tarquino en el trigésimo octavo año de su reinado, y Servio Tulio merecía profunda consideración, no solamente del rey, sino que también de los senadores y del pueblo. Los dos hijos de Anco, indignados todavía contra la perfidia de su tutor, que les había expulsado del trono de su padre, y por ver reinar á quien no solamente no era romano, pero ni siquiera de origen italiano, apreciaron con mayor dolor la extensión de la ofensa, cuando comprendieron que no solamente perderían el cetro otra vez después de la muerte de Tarquino, sino que vendría á pasar deshonrado á manos de un esclavo; que de esta manera aquella ciudad en que un siglo antes, Rómulo, hijo de un dios y dios él mismo, había reinado durante el tiempo de su permanencia en la tierra, iba á obedecer, después de él, al hijo de una esclava, que debía ser esclavo también. Consideraron, pues, que era vergonzoso para el nombre romano y para su propio nombre, que viviendo los hijos de Anco dejasen el trono en poder de extranjeros, de esclavos. Solamente el hierro podía impedir aquella afrenta. Pero el odio les animaba más contra Tarquino que contra Servio. Si el rey sobrevivía á su yerno, se vengaría del asesinato por modo mucho más terrible que un particular; además de que muerto Servio, no dejaría de asegurar la posesión del trono al nuevo yerno que eligiese. Así, pues, contra el mismo rey meditaban dirigir sus golpes. Para la ejecución de la trama, eligieron dos atrevidos pastores, quienes, vesti-

dos como de costumbre, penetraron en el vestíbulo del palacio, trabando allí fingida contienda con todo el ruido posible, para atraer la atención de los guardias. Como los dos imploraban la justicia del rey, y su voz resonando en todo el palacio, llegó á los oídos de Tarquino, éste mandó que les llevaran á su presencia. Al principio hablaron los dos á la vez, sin que ninguno quisiera dejar al otro tiempo para explicarse. Mas imponiéndoles silencio el lictor, les mandó que hablasen por turno. Entonces dejaron de interrumpirse, y uno de ellos comenzó á exponer el hecho de la manera convenida, y mientras el rey, inclinado hacia el que hablaba, atendía cuidadosamente á su relato, el asesino levantó su hacha, le asestó un golpe en la cabeza, y dejando el hierro en la herida, escapó con su compañero.

Tarquino cayó moribundo en brazos de los que le rodeaban, y los lictores prendieron á los asesinos en su fuga. A los gritos acudió el pueblo preguntando con asombro qué sucedía. En medio del tumulto, Tanaquil mandó cerrar las puertas del palacio y alejar á los curiosos. Al mismo tiempo dispuso los remedios que exigía la herida de su esposo, como si esperase salvarle, preparando otros recursos por si se frustraba la esperanza. Haciendo llamar á Servio y mostrándole á Tarquino expirante, exhortóle, cogiéndole la mano, á vengar la muerte de su suegro y á no consentir que su suegra viniese á ser juguete de sus enemigos. «Si eres hombre, añadió, el trono es tuyo, y no de aquellos que han recurrido á manos extrañas para realizar el crimen más espantoso. Levanta, obedece á los dioses que te han destinado al poder real, cuando anunciaron tu alta fortuna por medio de la llama celestial que en otro tiempo brilló en derredor de tu cabeza. Que aquella llama te caliente hoy; que hoy despiertes en realidad. No hemos reinado nosotros también aunque extranje-

ros? Piensa en quién eres y no de dónde vienes. Si de repente del suceso te aturde, al menos déjame guardarte. Entre tanto redoblaban los gritos de la multitud, haciéndose irresistible su empuje. Entonces, desde una ventana alta, que daba á la calle Nueva (porque el rey habitaba cerca del templo de Júpiter Stator), Tanaquil arengó al pueblo, exhortándole á la tranquilidad. «Lo repentino del golpe ha aturcido al rey, dijo; pero la herida no es profunda; ya ha recobrado los sentidos; se ha examinado la herida, restañado la sangre y el herido se encuentra fuera de peligro. Muestra esperanza de que muy pronto le verán, y entre tanto el mismo rey manda que se obedezca á Servio Tulio, que administrará justicia y desempeñará las demás funciones reales. Servio salió revestido con la trábea (1), y precedido por los lictores, sentóse en el trono, dictó sentencia en algunos negocios y acerca de otros fingió consultar al rey. De esta suerte, estando muerto ya algunos días Tarquino, ocultando Servio la muerte, aseguraba su poder, pretextando ejercer la autoridad de otro (2). Al fin se publicó la verdad, y en medio de los lamentos que resonaban en el palacio, rodeado Servio de segura guardia, se apoderó del reino. Este fué el primer rey nombrado por el Senado solo y sin intervención del pueblo. Al saber los hijos de Anco que habían sido presos los asesinos, que el rey vivía y que la autoridad de Servio era más fuerte que antes, se desterraron voluntariamente á Suesa-Pomecia (3).

(1) La trábea era una toga blanca bordada con anchas bandas de púrpura. Este era el traje de los reyes, que adoptaron los cónsules. La que llevaban los augures estaba rayada de púrpura.

(2) La misma estratagema empleó Agripina para asegurar el imperio á Nerón.

(3) Esta era la ciudad más importante de los volsco, Tarquino el Soberbio se apoderó de ella recogiendo rico botín. Los

Habiendo puesto Servio su poder al abrigo de toda oposición por parte del pueblo, quiso hacer lo propio relativamente á las asechanzas domésticas; y para que los hijos de Tarquino no le tratasen como á éste los de Anco, casó sus dos hijas con Lucio y Armino, hijos de Tarquino. Pero la prudencia del hombre no pudo destruir los decretos del hado, y la ambición de reinar produjo por todas partes, en la familia real, enemigos y traidores. Afortunadamente para la tranquilidad de Servio, había expirado la tregua con los veyos y demás pueblos de la Etruria, y comenzó de nuevo la guerra; guerra en la que brilló tanto la fortuna de Servio como su valor. Deshizo el ejército enemigo, no obstante su fuerza, y regresó á Roma, rey reconocido en adelante, bien apelase á los senadores, bien al pueblo. Entonces fué cuando aprovechando la paz, emprendió una obra inmensa; y si Numa fué el fundador de las instituciones religiosas, la posteridad atribuye á Servio la gloria de haber introducido en el Estado el orden que distingue las categorías, las fortunas y las dignidades, estableciendo el censo; institución provechósísima para un pueblo destinado á tanta grandeza. Este reglamento imponía á cada cual la obligación de contribuir á las necesidades del Estado, así en paz como en guerra, no por tasas individuales y comunes como antes, sino en proporción de sus rentas. En seguida formó las diferentes clases de ciudadanos y las centurias, así como también aquel orden, fundado sobre el censo mismo y que tan admirable fué, tanto en la paz como en la guerra.

Formaban la primera clase aquellos que poseían un censo de cien mil ases ó mayor: dividíase ésta en ochenta y tres centurias, y los cónsules Opiter Virginio y Sp. Cassio la conquistaron después y la destruyeron por completo. Era una de las veintitrés ciudades que desaparecieron de aquella comarca y especialmente de las Lagunas Pontinas, mucho antes de la época de Plinio.

ta centurias, cuarenta de jóvenes y cuarenta de hombres maduros; éstos quedaban encargados de la custodia de la ciudad y aquéllos de hacer la guerra en el exterior. Dióseles por armas defensivas casco, escudo, botines y coraza, todo de cobre, y por armas ofensivas lanza y espada. A esta primera clase añadió dos centurias de obreros, que servían sin llevar armas y cuyo trabajo consistía en preparar las máquinas de guerra. A la segunda clase pertenecían aquellos cuyo censo era inferior á cien mil ases hasta setenta y cinco mil, componiéndose de veinte centurias de ciudadanos jóvenes y viejos. Las armas eran iguales á los de la primera clase, pero el escudo más largo y no llevaban coraza. Para la tercera clase se exigía un censo de cincuenta mil ases: el número de centurias, la división de edades, el equipo de guerra, exceptuando los botines, eran iguales que en la segunda. El censo de la cuarta clase era de veinticinco mil ases, y el número de centurias igual al de la anterior; pero las armas eran diferentes, consistiendo en lanza y dardo. La quinta clase era más numerosa, componiéndose de treinta centurias: estaba armada con hondas y piedras y comprendía los *accensi*, los que tocaban los cuernos y bocinas, divididos en tres centurias. El censo de esta clase era de once mil ases, y el resto de la gente pobre, cuyo censo no alcanzaba á tanto, quedó reunido en una sola centuria, exenta del servicio militar. Después de organizar y equipar así la infantería, formó doce centurias de caballería entre los principales de la ciudad: de las tres que organizó Rómulo formó seis, dejándoles los nombres que habían recibido cuando fueron organizadas. El Tesoro público suministraba diez mil ases para la compra de caballos, cuya alimentación quedó asegurada por medio de una tasa anual de dos mil ases que pagaban las viudas. De esta manera todas las cargas gravitaban sobre los ricos,

quedando aliviados los pobres; pero los ricos quedaban indemnizados por medio de los privilegios honoríficos que les concedió Tulio; porque si hasta entonces, siguiendo el ejemplo de Rómulo y la tradición de los reyes que le sucedieron, los votos se habían recogido por individuos sin distinción de valor ni autoridad, fuese quien fuese el ciudadano; distinto sistema de graduación para las votaciones, reconcentró todo el poder en manos de las primeras clases (1), sin que aparentemente se excluyese á nadie del derecho de sufragio. Primeramente se llamaba á los caballeros, después á las ochenta centurias de la primera clase. Si no se ponían de acuerdo, cosa que rara vez sucedía, se recogían los votos de la segunda clase, no habiendo casi nunca

(1) Al decretar Servio que ya no se votaría por curias, como antes, sino por centurias, entregaba á la primera clase la dirección de todos los negocios. En efecto, representando un voto cada centuria, si toda la primera clase se ponía de acuerdo para aceptar ó rechazar una proposición, debía necesariamente reunir mayoría, puesto que tenía noventa y ocho votos, mientras que todos los de las otras clases reunidos no podían pasar de noventa y cinco. En virtud de este cambio, que hacía pasar todo el poder á las manos de los que formaban la primera clase, sustituyó Servio á la aristocracia de la sangre la de la riqueza.

Sin embargo, esto era una ventaja, un progreso para los plebeyos, porque con el antiguo sistema jamás hubiesen podido aspirar más que á ser clientes de los patricios, mientras que ahora, si los ayudaba la fortuna, podían al menos, á título de ricos, tomar parte en los negocios del Estado. La riqueza es cosa móvil que pasa de mano en mano y puede adquirirse por medio de la constancia, el talento y la habilidad. El plebeyo podía, venciendo muchas dificultades sin duda, subir de clase á clase hasta la primera. Otra ventaja consiguieron los plebeyos con esta organización, y fué, que encontrándose reunidos en la misma clase, pudieron verse, contarse, adquirir confianza unos en otros y ayudarse en la lucha contra la aristocracia, que les privaba de los derechos políticos; además, el número había aumentado mucho. Por la ley de Servio, el cliente no conocía ya

necesidad de descender hasta la última. No debe admirarse que el número de centurias, que hoy se eleva á treinta y cinco, estando por consiguiente duplicado, y el de las centurias de los jóvenes y de los ancianos no correspondiera con el que antiguamente fijó Tulio; porque había dividido la ciudad en cuatro barrios, formados por las cuatro colinas habitadas entonces, llamando á aquellos barrios tribus, creo que á causa de un tributo que les impuso, cuya cantidad proporcionó á los medios de cada uno. Estas tribus no tenían relación ninguna con la división y número de las centurias. Terminado el censo, á lo que ayudó mucho el miedo á la ley, que amenazaba con prisión y muerte á los que descuidaran inscribirse, mandó por medio de un edicto

á su patrón; ya no había más que ricos y pobres, y todos éstos, plebeyos, extranjeros, clientes ó libertos, solamente tenían un interés. Pueden considerarse por tanto las leyes de Servio como populares, á pesar de que constituían una aristocracia muy fuerte; libertaban á los plebeyos del yugo de la curia; no eran nada en el Estado y ahora entraban para algo en él; y pronto comenzaron una lucha de muchos siglos para obtener de los ricos igualdad de derechos políticos.

Para prevenir las quejas que los plebeyos podían elevar, Servio compensó su exclusión de los derechos políticos por medio de diferentes privilegios que les concedió. Así, pues, los proletarios, es decir, los plebeyos de la clase décimosesta, quedaron exceptuados de todo impuesto y hasta del servicio militar, que en aquella época en que el soldado estaba obligado á equiparse y mantenerse á su costa, no era impuesto más ligero que los otros. En cuanto á las otras clases, pagaban colectivamente igual cantidad; es decir, que el corto número de ricos de la primera, pagaban una cantidad igual á la que debían pagar los ciudadanos, mucho más numerosos, pero menos ricos, de cada clase inferior. Las cinco primeras clases quedaron obligadas al servicio militar, pero los de la primera debían proveerse de equipo más completo y costoso que los de las otras. Esta equitativa distribución de cargos podía hacer que tuviesen paciencia, al menos por algún tiempo, los ciudadanos de la última clase.

á todos los ciudadanos, caballeros y peónes que acudiesen al Campo de Marte, desde el amanecer, cada cual con su centuria. Allí les ordenó en batalla y les purificó ofreciendo á Marte un sacrificio, que se llamó *Condito Lustrum*, porque se hizo al terminar el censo. Dícese que el número de ciudadanos inscritos entonces fué de ochenta mil. Fabio Píctor, el historiador romano más antiguo, dice que en este número solamente se incluían los hombres capaces de llevar las armas. Este aumento de población obligó á Tulio á ensanchar la ciudad, incluyendo en ella primeramente los montes Palatino y Viminal y después las Esquilias, fijando más adelante su morada en este barrio para darle importancia. Rodeó la ciudad de fosos y murallas, alejando más el *Pomærium*. Esta palabra, atendiendo solamente á su significación, designa la parte situada al otro lado de las murallas; pero se aplica mejor al espacio libre que dejaban los etruscos en otro tiempo, del lado interior de las murallas, cuando construían una ciudad. Este espacio de terreno lo consagraban siempre con inauguración solemne y se construía la muralla en derredor del terreno señalado. De esta manera no podían estar las casas contiguas á la muralla por el interior, lo que hoy no se observa generalmente ya, y por la parte exterior quedaba un espacio de terreno exento del cultivo del hombre. En este terreno interior no se podía edificar ni labrar, y los romanos le llamaban *Pomærium*, tanto porque estaba del lado acá de la muralla, como porque la muralla estaba al otro lado. Este espacio consagrado se alejaba á medida que crecía la ciudad y se desarrollaban las murallas.

Aumentada la fuerza de la ciudad, después de adiestrar á los ciudadanos en los ejercicios de la guerra y en los útiles trabajos de la paz, no queriendo Servio deber exclusivamente el aumento de su poder al éxito de

las armas, decidió extenderlo por medio de la política, y al mismo tiempo continuar embelleciendo la ciudad. Por aquella época era ya muy célebre el templo de Diana en Éfeso (1), y decíase que su construcción se debía á la piedad de todas las ciudades del Asia. A fuerza de alabar Servio ante los principales jefes latinos, con los que de intento había contraído desde mucho antes relaciones de amistad y hospitalidad públicas y particulares, la perfecta armonía en el culto de los mismos dioses y de la misma religión, concluyó por invitarles á que se uniesen con los romanos para construir en Roma un templo á Diana, común á los dos pueblos (2). Esto era proclamar la supremacía de Roma, pretensión que había dado origen á muchas guerras. Después de tantos esfuerzos inútiles por conquistar esta superioridad, parecía que los latinos habían renunciado á ella, cuando un sabino creyó haber encontrado ocasión de reivindicarla y devolverla á su patria. Dícese que en casa de aquel hombre había nacido un becerro extraordinariamente hermoso: sus cuernos, suspendidos durante muchos siglos en el vestíbulo del templo de Diana, atestiguaban aquella maravilla. Con razón se la consideró como un prodigio, y los adivinos anunciaron que el que inmolase aquella víctima á Diana aseguraría el

(1) El templo de Diana en Éfeso quedó terminado entre las olimpiadas 90 y 100. Plinio dice que se emplearon 220 años en su construcción; lo que coloca la época de su fundación entre los 640 y los 600 antes de Jesucristo; no siendo por consiguiente extraño que bajo el reinado de Servio (de 577 á 532) aquel edificio estuviese bastante adelantado, para que la fama de su esplendor é importancia política hubiesen llegado hasta Roma.

(2) El rey Servio formó una confederación latina á imitación de las Amphietyonias de Grecia y del Asia Menor, y cuyos legados se reunían anualmente en Roma, centro de la confederación, para celebrar en el templo de Diana, elevado á expensas comunes, las ferias latinas.

imperio á su nación; vaticinio que había llegado á conocimiento del sacerdote del templo de la diosa. Cuando creyó el sabino que había llegado el día conveniente para el sacrificio, vino á Roma á presentar en el templo el becerro. Impresionado el sacerdote romano por la extraordinaria magnitud de aquella víctima, célebre ya por la fama, y recordando el vaticinio, habló así al sabino: «Extranjero, ¿qué vas á hacer, sin haber cuidado antes de purificarte? ¿un sacrificio impío? ¿Por qué no vas antes á bañarte en las aguas del río? El Tíber corre en el fondo del valle.» Estas palabras inquietaron la conciencia del extranjero, y deseando que se realizase todo según los ritos, para que el éxito correspondiese al prodigio, salió del templo y bajó hacia el río. Entretanto el romano inmoló el becerro á Diana, y su acción fué extraordinariamente agradable al rey y á toda la ciudad.

Servio podía creer, en virtud del largo ejercicio del mando, que estaba asegurado su imperio; pero enterado de que el joven Tarquino le acusaba de reinar sin el consentimiento del pueblo, procuró primeramente captarse la benevolencia de la multitud, repartiendo las tierras ocupadas al enemigo, preguntando en seguida si era voluntad de los órdenes romanos que reinase sobre ellos, no faltándole en aquella ocasión ninguno de los votos que habían tenido sus antecesores. No perdió por esto Tarquino la esperanza de subir al trono; y como había comprendido las disposiciones del Senado, contrarias al repartimiento de tierras, creyó oportuno el momento para quejarse ante aquella Asamblea y restablecer en ella su influencia destruyendo la del rey. A este joven le dominaba la ambición, y su esposa Tulia procuraba aumentarla más y más. El palacio romano vino á ser entonces teatro de terribles horrores, cual si se propusiesen acelerar el advenimiento de la libertad

por la repugnancia de la monarquía, y que aquel fuese el último reinado que comenzase por el crimen. Este Tarquino, hijo ó nieto de Tarquino el Viejo (lo cual no está completamente averiguado; pero ateniéndome á la mayor parte de los escritores, le supongo hijo de este último), tenía un hermano llamado Arunto Tarquino, joven de carácter apacible. Las dos Tullias, tan diferentes en costumbres como los mismos Tarquinos, como ya dijimos, se habían casado con los dos príncipes. Mas la casualidad, y también, según creo, la fortuna de Roma, no quiso que el matrimonio reuniese en el mismo destino los dos caracteres violentos; sucediendo esto quizá para prolongar el reinado de Servio y dar lugar á que se robusteciesen las costumbres romanas. La altiva Tullia se indignaba de no ver en su esposo ambición ni valor; volviendo toda su inclinación hacia el otro Tarquino, que excitaba su entusiasmo, considerándole como verdadero varón, nacido de regia estirpe, despreciaba á su hermana, que era esposa de aquel hombre cuyos generosos pensamientos entorpecía con sus torcidos consejos. La conformidad de gustos acercó muy pronto á los cuñados, porque el mal siempre llama al mal. Pero aquí fué la mujer la que provocó el desorden. En las secretas entrevistas que de antemano se había preparado con el hombre que no era su esposo, no perdonó injuria contra su marido ni contra su hermana; añadiendo que mejor le fuera ser viuda y á él continuar en el celibato, que encontrarse unidos el uno y la otra con personas tan diferentes de ellos, quedando sujetos á languidecer vergonzosamente bajo la influencia y cobardía de otro. «Si los dioses, decía, le hubiesen dado el esposo que merecía, empuñaría muy pronto el cetro que veía aún en manos de su padre.» No tardó por estos medios en comunicar su audacia al joven, y al fin la muerte casi simultánea de Arunto y de su hermana Tullia la

permitieron contraer matrimonio con su cómplice, matrimonio que Servio no aprobó; pero que no se atrevió á impedir. Por esta época la ancianidad de Tulio hacía más odioso cada día su reinado y más pesado su mando. Impaciente por pasar de un crimen á otro, Tulia hostigaba día y noche á su marido, excitándole á recoger el fruto de sus anteriores parricidios. Lo que necesitaba, decía, no era esposo, ni esclavo que compartiese en silencio su esclavitud, sino un hombre que se creyese digno de reinar, que recordase que era hijo de Tarquino el Viejo, y que prefiriese apoderarse del mando á esperar. «Si tú eres verdaderamente el hombre que buscaba, añadía, que creía haber encontrado, te reconoceré por esposo y rey; si no, mi suerte es peor que antes, porque al crimen se añade la cobardía. ¿Qué te detiene? Tú no has necesitado como tu padre venir de Corinto y de Tarquinia para apoderarte por medio de intrigas de un trono extranjero. Tus dioses penates, los de tu patria, la imagen de tu padre, ese palacio que habita, ese solio que ocupa, el nombre de Tarquino, todo dice que tú eres rey, todo te invita á serlo. Si tu ánimo no se conmueve en presencia de tan elevados destinos, ¿á qué engañar por más tiempo á Roma? ¿A qué consentir que se te considere como hijo de rey? Marcha á Tarquinia ó á Corinto; vuelve al obscuro estado de que saliste, porque eres más digno hermano de Arunto que hijo de tu padre.» Estas y otras convenciones inflamaron al joven. Tulia no podía contentarse ante la idea de que Tanaquil, aquella extranjera, había conseguido dos veces, merced al ascendiente de su valor, hacer dos reyes, su esposo y su yerno; mientras ella, que procedía de real linaje, era tan impotente para dar la corona como para quitarla. Dominado muy pronto por la desenfadada ambición de su

esposa, comenzó Tarquino á indicarse á los senadores, especialmente á los modernos; adúltero, recordóles los favores de su padre y les pidió correspondencia. Con sus liberalidades se atrajo la gente moza; sus magníficas promesas y sus acusaciones contra Servio aumentaron por todos lados sus partidarios; y al fin, cuando consideró propicio el momento para ejecutar su proyecto, hízose acompañar por un grupo armado y se lanzó repentinamente al Foro. En medio del terror de todos ocupó el asiento real, delante del Senado, mandando convocar por medio de heraldo á todos los senadores á la presencia del rey Tarquino. Todos acudieron en seguida, unos porque estaban preparados desde mucho antes á este golpe de audacia, y otros por temor de que se les imputase como crimen su ausencia y asombrados además por aquel extraño acontecimiento y persuadidos de que todo había concluido para Servio. Tarquino comenzó por atacar la baja estirpe de Servio: «Ese esclavo, hijo de una esclava, dijo, después del indigno asesinato del rey, sin interregno, como se acostunbraba, sin que para su elección se reuniesen los comicios y se pidiesen los votos del pueblo, recibió de manos de una mujer el reino como un regalo. Las consecuencias de su usurpación corresponden á la bajeza de su origen. Su predilección á la clase infima, de que ha salido, y su odio á todos los hombres importantes le han inspirado la idea de arrebatar á los grandes ese terreno que ha repartido á los más despreciables. Las cargas públicas, comunes á todos antes, las hace pensar solamente sobre las clases elevadas, y solamente ha establecido el censo para poner de manifiesto el caudal de los ricos ante la avidez de los pobres, y para saber de dónde tomar, cuando quiera, para sus generosidades con los desdichados.»

Advertido Servio por un mensajero á quien la emo-

ción, hace jadear, llegó durante el discurso, gritando desde el vestíbulo del Senado: «¿Qué es esto, Tarquino? ¿Qué audacia es la tuya que te lleva á convocar el Senado viviendo yo y á ocupar mi trono?» Tarquino contestó con altivez que ocupaba el puesto de su padre; asiento más digno del hijo del rey, de un heredero del trono, que de un esclavo: que desde mucho tiempo Servio insulta á sus amos y prescinde de su intervención. Levantóse clamor entre los partidarios de uno y otro; acudió el pueblo en tropel al salón del Senado, y fácilmente se comprende que reinará el que triunfe. Arrastrado Tarquino por lo crítico de su posición atrévese á todo: más joven y más robusto que Servio, cogió al rey por la cintura, lo sacó del Senado y lo arrojó desde lo alto de la escalinata. En seguida entró para retener á los senadores. Los aparitores y acompañantes del rey huyeron, y el mismo Servio, medio muerto, con algunos secuaces aterrados, se retiraba hacia su palacio, cuando al llegar á lo alto de la calle Cypria, algunos asesinos, enviados en persecución suya por Tarquino, le alcanzaron y mataron. Créese que Tulia aconsejó este crimen, haciendo verosímil esta creencia los que anteriormente había cometido. Pero está fuera de duda que, montada en su carro, penetró hasta el centro del Foro, y allí sin perder la serenidad en medio de tanta gente reunida, llamó á su marido, siendo la primera que le saludó con el título de rey; pero mandándole Tarquino alejarse de aquellas tumultuosas escenas, dirigióse de nuevo á su casa. Cuando llegó á lo alto de la calle Cypria, en el sitio en que se alzaba en otro tiempo un templo pequeño á Diana, el auriga, volviendo por la calle Virbia para pasar al barrio de las Esquilias, detuvo los caballos, y pálido de horror, le mostró el cadáver de Servio tendido en el suelo. Dícese que ella cometió un acto infame y espantosamente cruel.

El nombre de la calle, que desde entonces se llamó Malvada, ha perpetuado hasta nosotros el horrible recuerdo. Aquella mujer, dominada por todas las furias de la venganza que la perseguían desde la muerte de su hermana y de su esposo, hizo pasar, según se dice, las ruedas de su carro sobre el cadáver de su padre. En seguida, horriblemente manchada con la sangre paterna, llevó aquellas repugnantes ruedas ensangrentadas hasta los pies de los dioses penates que le eran comunes con su marido. Mas la ira de aquellos dioses, preparaba á aquel reinado infame una catástrofe digna de sus comienzos. Servio Tulio reinó cuarenta y cuatro años, con tal sabiduría, que hubiera sido difícil, hasta para un sucesor bueno y moderado, competir con su gloria. De aumento sirve á esta gloria la circunstancia de que con él se extinguió la monarquía legítima. Dícese también que proyectaba abdicar aquella autoridad tan suave y prudente, porque estaba en manos de uno solo, y este generoso proyecto lo hubiese realizado de no impedirle crimen doméstico dar libertad á su patria. Inmediatamente comenzó á reinar L. Tarquino (1); á quien dieron el sobrenombre de Soberbio, porque yerno del rey, negó la sepultura á su suegro, diciendo que Rómulo también quedó insepulto. A los primeros que hizo perecer fueron los senadores sospechosos de haber sido favorables á Servio; y comprendiendo muy bien que el ejemplo que daba, apoderándose violentamente del trono, podría volverse contra él, rodeóse de guardias, porque todo su derecho estribaba en la fuerza, no habiendo obtenido los votos del pueblo ni los del Senado. No pudiendo contar con el cariño de los ciudadanos, necesitaba reinar por el terror, y para ex-

(1) Tarquino ciñó la corona sin que le eligiese el Senado ni el pueblo.



tenderlo, prescindió de todo consejo, siendo juez único en todas las causas capitales; pudiendo, por tanto, condenar á muerte, desterrar, despojar de los bienes, no solamente á los que le eran sospechosos ó desagradables, sino que también á aquellos de quienes no podía esperar otra cosa que sus despojos. Su objeto principal fué disminuir el número de senadores, resolviendo no nombrar otros, para que su debilidad les hiciese despreciables y sufriesen con mayor resignación la ignominia de no intervenir para nada en el gobierno. En efecto, este fué el primer rey que derogó la costumbre seguida por sus antecesores de consultar al Senado en todos los negocios. Administró la república por la inspiración de consejos domésticos; hizo la paz ó la guerra según su capricho, ajustó tratados, hizo y deshizo alianzas sin cuidarse para nada de la voluntad del pueblo; buscando especialmente la amistad de los latinos, para crearse en los extraños un apoyo contra sus súbditos. Atraíase á los principales ciudadanos, no solamente por los lazos de la hospitalidad, sino que también por uniones de familia. Dió su hija á Octavio Mamilio Tusculano, que ocupaba el primer puesto entre los latinos, y que de creer á la fama, descendía de Ulises y Circea. Esta unión le atrajo todos los parientes y amigos de Mamilio.

Tarquino ejercía ya mucha influencia en los jefes de los latinos, cuando les propuso unirse en un día fijado, en el bosque sagrado de la diosa Ferentina (1), diciéndoles que quería hablarles de sus comunes intereses.

(1) Este bosque sagrado se encontraba cerca de Ferentino, ciudad del Lacio, al pie del monte Albano. En este bosque se celebraban las asambleas federativas de los pueblos latinos. Tarquino las había convocado para deliberar acerca de la guerra que proyectaba contra los sabinos, violadores del tratado concluido con Servio.

Al amanecer reuniéronse en considerable número, acudiendo también Tarquino, pero poco antes de ocultarse el sol. Durante el día y mientras esperaban, diferentes cuestiones habían perturbado la asamblea. Turno Herdonio, de Aricia, irritado por la ausencia de Tarquino, exclamó: «¿Cómo extrañar que Roma le haya llamado soberbio! (porque así se le llamaba ya en las murmuraciones secretas). ¿Hay algo más insolente que burlarse así de toda la nación latina? ¿Hacer venir á sus jefes lejos de sus moradas y faltar á la reunión! ¿No es esto poner á prueba su paciencia, para sujetarles al yugo, si se muestran dispuestos á soportarle? ¿Quién no ve su tendencia á dominar todo el Lacio? ¿Y si sus súbditos pudieran felicitarle por su elección! ¿Si debiese al menos el trono á su voluntad y no á un parricidio! También podrían confiar en él los latinos, porque á pesar de todo, su cualidad de extranjeros no les obliga á la misma desconfianza. Pero si, por el contrario, los romanos deploran su tolerancia, si son sucesivamente asesinados, desterrados, arruinados, ¿por qué han de esperar los latinos que se les trate mejor? Si querían creerle, volvería cada cual á su casa y no cuidarían de ser más exactos á la reunión que el que la había convocado.» El carácter de aquel hombre era turbulento y faccioso, y á esto precisamente debía su influencia. Cuando hablaba de esta manera, llegó Tarquino interrumpiéndole: volviéronse todos hacia el rey para saludarle y se restableció el silencio. Los que se encontraban cerca de Tarquino le advirtieron que se excusase con la asamblea por su retraso, y Tarquino dijo que había estado mediando entre un padre y un hijo, que le había retenido su deseo de reconciliarles, y que habiéndole hecho perder el día esta circunstancia, al siguiente les expondría el motivo de la convocación. Dícese que no agradó á Turno la excusa y que dijo:

«No existen diferencias más fáciles de arreglar que las de un padre con su hijo; decidiéndose la cuestión con muy pocas palabras: que obedezca el hijo y se le castigue.» Después de relutar de esta manera las palabras del rey romano, se retiró de la asamblea el ciudadano de Aricia. Pero más ofendido Tarquino de lo que mostraba, juró interiormente sacrificar á Turno, y de esta manera infundir á los latinos el terror que dominaba todos los ánimos. Pero como no tenía derecho para inmolarse públicamente, imaginó levantarle una calumnia. Por medio de algunos vecinos de Aricia, sobornó á un esclavo de Turno, consiguiendo por dinero que dejase introducir secretamente en casa de su amo considerable número de espadas. Una noche bastó para ejecutar este proyecto. Poco antes de amanecer llamó Tarquino á los latinos principales, y fingiendo la emoción que produce un acontecimiento extraordinario, les dijo que «gracias á los dioses, cuya providencia retrasó su marcha el día anterior, él y ellos se habían salvado de grave peligro. Había sabido, en efecto, que Turno, á fin de reinar solo sobre los latinos, había imaginado asesinarle, y al mismo tiempo á los principales ciudadanos de su país; proyecto que debió ejecutar la víspera durante la reunión, pero que la ausencia del que la había convocado, al que más odiaba Turno, lo había hecho aplazar. De aquí aquella cólera por un retraso cuya prolongación frustraba las esperanzas del conspirador. No podía dudarse que si los informes eran exactos, se presentaría aquella mañana en la asamblea, con todos los conjurados armados. Dícese que han llevado á su casa considerable número de espadas, y para averiguar si el hecho es cierto, les rogaba que fuesen con él á casa de Turno.» El carácter violento de este hombre, sus palabras de la víspera, el retraso

de Tarquino, causa probable del aplazamiento del crimen, fueron circunstancias á propósito para infundir sospechas. Los jefes latinos siguieron á Tarquino, impulsados por natural credulidad, pero decididos á declarar falsa la acusación si no encontraban aquellas espadas que les denunciaban. Cuando llegaron dormía Turno aún. Rodeáronle guardias, sujetaron á los esclavos que se aprestaban á defender á su señor, y al mismo tiempo trajeron espadas de todos los rincones de la casa. Créese cierta la conspiración, cargan de cadenas á Turno y se convoca apresuradamente la asamblea de los latinos. La vista de las armas expuestas á todas las miradas, excitó tal indignación, que sin dar tiempo á Turno para que se defendiese, le condenaron á morir en nuevo género de suplicio: arrojáronle de cabeza á las aguas Terentinas, echándole encima un zarzo cargado de piedras.

Convocados en seguida en asamblea los latinos, después de felicitarles Tarquino por el castigo que habían impuesto á Turno, cuya parricida trama era evidente, añadió: «Que los latinos eran originarios de Albano, y que habiendo estado sometida esta ciudad y todas sus colonias al imperio romano, por un tratado ajustado en tiempo de Tulo, podría sin duda hacer valer aquel derecho tan antiguo á la soberanía de todos los pueblos latinos. Pero creía mucho más ventajoso para todos renovar el tratado; que mejor era para los latinos asociarse á la fortuna del pueblo romano, que temer incessantemente, como ya les había sucedido, primero bajo el reinado de Anco, y después bajo el de su padre, la destrucción de sus ciudades y la devastación de sus campos.» A pesar de que aquel tratado contenía el reconocimiento explícito de la soberanía romana, no fué difícil convencer á los latinos á suscribirlo, porque veían que los principales de ellos estaban de acuerdo con